

# Narraciones de la esclavitud en Cuba y los Estados Unidos

IVAN A. SCHULMAN  
University of Illinois

## RESUMEN

Para mostrar la construcción del imaginario social inserta en las narraciones cubanas de la esclavitud, el artículo formula algunas de las complejas estrategias y direcciones discursivas de obras literarias de Estados Unidos y Cuba. Al enfocar las correspondencias y asimetrías de poder que condicionan la producción de estos textos, que crean sus separados universos ideológicos, se cuestiona la noción tradicional de que las narrativas cubanas sobre la esclavitud eran «abolicionistas», se escribían «con el corazón», proponían cambios sociales y políticos radicales, o intentaban eliminar de forma inmediata la institución de la esclavitud en la isla.

**Palabras clave:** Narraciones de la esclavitud, Cuba, Estados Unidos.

## ABSTRACT

To illustrate the social imaginary of the slavery novels produced in Cuba and the United States, this essay studies and contrasts the fundamental strategic and narrative complexities of major works produced in both countries. By focusing on the historical and cultural similarities and differences which created two distinct ideological and literary universes, this essay refutes the traditional notion that the Cuban novels were «abolitionist», written «from the heart», proposed radical social and political changes, or the immediate elimination of the island's institution of slavery.

**Keywords:** Narrative of Slavery, Cuba, United States.

Las primeras novelas cubanas producidas en el enclave represivo colonial de España datan de comienzos del siglo XIX, que vio la génesis en la isla de un limitado número de romances históricos así como de narraciones, las cuales se han caracterizado, en el discurso tradicional, como antiesclavistas. Estos y otros textos literarios de la época colonial desempeñan un papel central en la autorrepresentación de los estratos medios y superiores de la oligarquía criolla de la isla, cuya producción literaria constituyó una de sus prácticas sociales mediante la cual el poder dominante español (Beverly ix) o bien era desafiado o racionalizado. El proceso de racio-

nalizar instituciones culturales tanto como el de una tendencia utópica era evidente en estas tempranas narraciones criollas, que incluyen novelas y cuentos sobre la esclavitud, cuyos espurios subtextos representaban un discurso de autoconservación y perpetuación del poder y privilegio clasistas.

Las novelas cubanas sobre la esclavitud datan del comienzo de la década de 1830, un periodo que se identifica con las primeras manifestaciones de la literatura romántica en la isla y, en el área política, la derrota, dispersión y por último el silenciamiento de los criollos liberales y reformistas. El miedo creciente a represalias personales debido a su

---

## Ivan A. Schulman

Profesor Emérito de Estudios Hispánicos y Literatura Comparada de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. Ha desempeñado la dirección de varios departamentos de Estudios Hispánicos en universidades estadounidenses, entre las que se incluyen, además de Illinois, Washington University en San Luis, Stony Brook University en Nueva York, Wayne State University en Detroit. Ha sido profesor e investigador visitante en varias universidades del mundo, incluida la Universidad de Oregon, la Universidad de Michigan, la Universidad de Florida en Gainesville, la Universidade Federal de Rio de Janeiro, la Universidad Internacional de Florida en Miami, la Universidad Autónoma de México, la Universidad de Granada. Sus publicaciones se centran en los estudios sobre la modernidad, el modernismo y los escritores modernistas, sobre todo la obra del maestro cubano José Martí; así como los estudios sobre la Diáspora Africana. Dentro de esta última corriente de investigación ha publicado estudios sobre la obra de varios autores antiesclavistas, incluido Juan Francisco Manzano, de cuya autobiografía ha realizado dos ediciones. Su más reciente libro sobre el modernismo hispanoamericano se titula *Painstaking Modernism* (State University of New York Press, 2014).

---

1 Las alianzas políticas de los propietarios de plantaciones criollos no eran monolíticas. Como anota Martínez-Alier, entre ellos había vendedores de esclavos y comerciantes que mantenían estrechos lazos políticos con el centro metropolitano: «In the course of the nineteenth century the merchants (some also part-time planters) gained in economic and political power at the expense of the Creole planters. These merchants were often slave dealers and most of them had close connections with Spain, whose economic ties with Cuba (taxes, protected markets, capital imports) were of great importance. The merchants, in alliance with the Spanish authorities, were strong believers in the theory that Cuba would either be African or Spanish» 'A lo largo del siglo XIX los comerciantes (algunos de ellos también en parte amos de ingenios) obtuvieron poder económico y político a expensas de los amos de ingenios criollos. Estos comerciantes eran a menudo vendedores de esclavos y la mayor parte tenía estrechas relaciones con España, cuyos lazos económicos con Cuba (tasas, protección del mercado, importación de capital) eran de suma importancia. Los comerciantes, aliados con las autoridades coloniales, creían firmemente en la teoría de que Cuba sería o bien africana o española' (34-5).

2 La nación se encontraba en un estado incipiente; en el siglo XIX no se había conseguido la integración nacional, pero existían las fuerzas y los elementos definidores del futuro de la nacionalidad cubana. También estaban presentes las contradicciones del sistema político y sus explotadores contra los cuales a su tiempo se iba a librar una violenta batalla (Eduardo Torres-Cuevas y Eusebio Reyes 66).

3 Bhaba, por ejemplo, no considera las «practices and discourses of revolutionary struggle as the under/other side of colonial discourse» 'prácticas y discursos de la lucha revolucionaria como la otra parte o el envés del discurso colonial' («The Other Question» 155).

4 Si bien el título del poema se refiere a la figura del obispo, el texto subvierte las jerarquías mediante un discurso antifautoritario y anticolonial.

oposición o incluso a pensamientos inconformistas ante los cada vez más restrictivos edictos coloniales dio pie a una preocupación generacional por los derechos humanos que se narraba en textos que cuestionaban la hegemonía, así como mediante discursos velados o distorsionados que abogaban por una renegociación de posiciones de poder y privilegio compartidos.

Para mostrar la construcción del imaginario social inserto en las narraciones cubanas de la esclavitud, formularé algunas de las complejas estrategias y direcciones discursivas de dos textos singulares usando ejemplos prototípicos de ambos países: *Archy Moore* de Richard Hildreth (1807-1865) y *Francisco* (1839) de Anselmo Suárez y Romero (1818-1878). Al enfocarme en las correspondencias y asimetrías de poder que condicionan la producción de estos textos y crean sus separados universos ideológicos, cuestionaré la noción tradicional de que las narrativas cubanas sobre la esclavitud se escribían con el corazón, o estaban inspiradas por un deseo de cambio social radical, e intentaban eliminar de forma inmediata los abusos de la esclavitud.

Estos llamados textos antiesclavistas, en cuanto a su producción y/o recepción refractan un diálogo de los antagonismos sociales de la época. Su polaridad textual así como su ambigüedad son pertinentes de manera especial en el caso de las narraciones cubanas mediadas por una ingeniería social y que, en su mayor parte, de manera deliberada estaban compuestas a través de metáforas codificadas en consonancia con la ideología y las aspiraciones políticas de un segmento creciente e importante de la sociedad colonial cubana criolla conocido con el nombre de sacarocracia. Los intereses de la sociedad criolla azucarera articulaban su autoridad en estas obras y las marcaban con configuraciones simbólicas conservadoras para su protección, cuya finalidad era evitar cambios significativos y súbitos en las estructuras socio-políticas y económicas. Por lo que respecta a la cuestión de la esclavitud, en los textos que encargaban o auspiciaban, esperaban tocar la fibra sensible y empática de los lectores, al tiempo que evitar la ira de la censura colonial. Dada la necesidad de engañar a los guardianes de la hegemonía colonial<sup>1</sup>, la estrategia de los escritores cubanos consistía

en esquivar un enfrentamiento directo con el discurso hegemónico mediante el uso de manipulaciones espurias de lo que Homi Bhabha llama «negative referents» 'referentes negativos' (Bhabha, «DissemiNation» 306). Como podremos ver, el proyecto que elaboraban de manera consciente consistía en narrar la esclavitud y la nacionalidad<sup>2</sup> a través de un demoledor retrato de la degradación moral que se había instalado en el mismo núcleo de la población blanca de la isla y condicionaba sus relaciones con la población esclava.

Las circunstancias históricas específicas en que se produjeron las narraciones de la esclavitud en los Estados Unidos y en Cuba difieren ampliamente, como es de esperar. Aún así, en las raíces históricas de su *nación/creación* ambas áreas comparten una dificultad común desde el comienzo de la colonización, como Herbert Klein ha demostrado en su estudio comparado de la esclavitud en Virginia y Cuba. España e Inglaterra, al administrar los territorios transatlánticos y diseñar los códigos negros, se encontraron con «the identical problem of establishing their control over frontier colonies thousands of miles from the metropolitan authority» 'el idéntico problema para establecer control sobre colonias de frontera a miles de millas de distancia de la autoridad metropolitana' (1). De manera periódica, surgían movimientos locales que amenazaban la hegemonía mediante la afirmación de sus «diferencias» respecto al centro metropolitano<sup>3</sup>, e iban acompañados con frecuencia de campañas políticas a favor de la autonomía de la economía local.

En los sectores criollos de Cuba, la subversión del discurso dominante se manifestaba en la formación de los textos sociales y culturales de la isla. En el primer gran texto poético de Cuba, *Espejo de paciencia* (1608), la principal estrategia era la disconformidad. En un poema épico cuyo objeto era celebrar la liberación de fray Juan de las Cabezas Altamirano, obispo de Cuba<sup>4</sup>, y símbolo del poder colonial español, los componentes discursivos del poema están contruidos de modo que se eclipsa, de manera deliberada, la prominencia del prelado al situar en un primer plano la heroica liza de Salvador Golomón, negro esclavo, contra los piratas invasores franceses. Además, una serie de

señales adicionales<sup>5</sup>, de libertad local sugieren la presencia de un proyecto anticolonial inspirado por el incipiente anhelo de convertirse en una nación.

Durante el periodo de colonización, los patrones de dominación y represión propios de la esclavitud institucionalizada tanto en Estados Unidos como en Cuba respondían a fuerzas sociales, sucesos políticos, y avances tecnológicos específicos a cada una de estas sociedades. Sin embargo, la fuerza por encima de cualquier otra que determinaba las asimetrías en la narración de la esclavitud en las mismas era el hecho de que en los Estados Unidos, desde el punto de inyección en su creación, estos textos estaban ligados a la dinámica de una sociedad independiente y, al menos por lo que respecta al nombre, «libre»; mientras que en Cuba, las tensiones y anomalías para narrar la nación, anudadas con el futuro del tráfico de esclavos y el continuo crecimiento de la población africana, constituía un proyecto contracultural que era un irritante siempre presente para el discurso hegemónico del colonialismo<sup>6</sup>. No obstante, a pesar de estas y otras claras diferencias, las narraciones cubanas y estadounidenses compartían ciertas características en su formación: en Cuba y en Estados Unidos, se refractaban cuestiones pertinentes a las relaciones sociales, el prejuicio racial, y las prácticas sexuales en narraciones en cuyos discursos se insertaban de manera simbólica las ideologías dominantes, a veces de forma ambigua, con voces de sectores que disientían.

## El paradigma de los Estados Unidos

La narrativa de la esclavitud, en tanto que diferente de la novela abiertamente abolicionista, se remonta al siglo XVIII. Su paradigma discursivo se fijó temprano en la historia de la ficción del sujeto africano-americano; se mantuvo constante con el paso del tiempo; y en última instancia caracterizó la ideología y la estructura de las novelas abolicionistas. Las narraciones solían comenzar con una descripción del insoportable sufrimiento de los esclavos<sup>7</sup>. Arna Bontemps delinea el subsiguiente desarrollo narrativo:

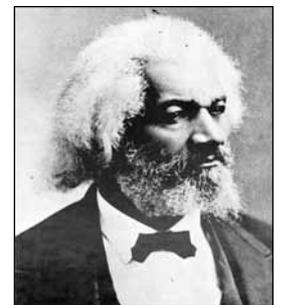
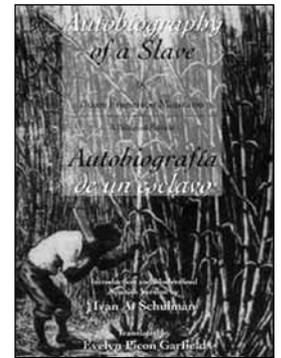
Enduring this ordeal until he became desperate, or until he otherwise engaged the reader's interest or sympathy, the slave was eventually impelled to

attempt the perils of escape. The stratagems used differed with the individuals, and the journeys varied as did the roads followed. A promised land and a chance to make a new life as a free man was always the goal, even though sometimes the realization fell short of the expectation. (vii)

Si bien soportaba esta situación hasta acabar desesperado, o bien hasta conseguir el interés o la simpatía del lector, el esclavo se veía compelido eventualmente a intentar una peligrosa huida. Las estrategias que utilizaba diferían según los individuos, y los trayectos variaban de acuerdo con los caminos que seguía. El objetivo era siempre llegar a una tierra prometida y tener la oportunidad de comenzar una nueva vida como hombre libre, aunque algunas veces el resultado no llegaba a alcanzar las expectativas.

Estas narraciones, que Yellin ha comentado con gran detalle (83-182), quedan mejor ilustradas en las obras de Richard Hildreth, Harriet Beecher Stowe y William Wells Brown. Hildreth fue el primero que desafió de manera abierta la institución de la esclavitud mediante la forma novelística. Por su fecha de composición, coetánea de las primeras obras cubanas sobre la esclavitud, además de ser una narrativa escrita por un autor blanco —como lo fueron todas las narrativas cubanas excepto la *Autobiografía* (1835-1839) de Juan Francisco Manzano— *Archy Moore* de Hildreth ofrece una base excelente para comparar el centro y los límites del discurso narrativo estadounidense. Sus asimetrías junto a sus correspondencias en comparación con su contraparte cubana probarán nuestro argumento de que las narraciones cubanas no constituyen una declaración ideológica antiesclavista.

A la narración de Hildreth, le siguieron otras de escritores africano-americanos. Para el propósito de nuestro esquema comparativo, novelas tales como *The Heroic Slave* (1853) de Frederick Douglass tienen un significado especial, en particular el final que contrasta con el de las narrativas cubanas de la esclavitud. *The Heroic Slave* propone una solución violenta; una rebelión de esclavos, cuya materialización en Cuba no sólo produjo gran ansiedad, sino incluso terror, desde la rebelión de los esclavos haitianos en 1789. En contraste con obras como la de Douglass, las narraciones cubanas de la esclavitud reflejan no solo el miedo constante a una rebelión; sino que sus discursos además reconstruyen la realidad, modificándola para apoyar sus



Frederick Douglass. Schomburg Center for Research in Black Culture. The New York Public Library Digital Collection.

5 Ver «Espejo / speculum: el *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa» de Ivan A. Schulman.

6 Según Martínez-Alier, la cuestión racial era fundamental para el discurso dominante. Los criollos lo sabían, y para intelectuales como José Antonio Saco «the colonial government promoted the introduction of negroes 'not so much as agricultural labour but as an instrument of domination.' The political question was then closely related to the racial question» 'el gobierno colonial promovía la introducción de negros menos como mano de obra agrícola que como instrumento de dominio. La cuestión política estaba íntimamente ligada a la cuestión racial' (36).

7 Entre estas narraciones tempranas se encuentran textos típicos que ilustran este paradigma como el caso de la obra de Hammon, Briton titulada *A Narrative of the Uncommon Sufferings, and Surprising Deliverance of Briton Hammon: A Negro Man, Servant to General Winslow* (1760).



Torre de Manaca Iznaga. Valle de los Ingenios, Trinidad. Fotografía de José Gomariz.



Ingenio Manaca Iznaga. Eduardo Laplante. *Los ingenios* (1857) de Justo Germán Cantero.

proyectos ideológicos, y sus finales nunca acaban en una acción colectiva, *de ninguna manera*<sup>8</sup>, aunque la isla poseía una historia de revueltas de

esclavos. Muy al contrario; el año 1838 que marca el comienzo de la mayor parte de las narraciones cubanas de la esclavitud —Manzano comienza a escribir su autobiografía en 1835— fue también un año de grandes insurrecciones en Trinidad y La Habana<sup>9</sup>.

En contraste con las novelas cubanas, la narración de la realidad en sus formas más crudas y convincentes es lo que caracteriza las obras tempranas antiesclavistas en Estados Unidos, en las cuales opera una estrategia discursiva de opuestos: dejan de lado la imaginación para subrayar las espantosas prácticas de la esclavitud. En consonancia con este proyecto, para corroborar la representación metonímica de la realidad y dotarla de la autoridad del poder dominante, tenemos casos de autobiografías escritas por africano-americanos pero prologadas por blancos, como fue el caso de la de Douglass.

Las novelas «abolicionistas» como la de Hildreth y la de Brown no fueron las primeras narraciones de ficción que pintaban la vida en Estados Unidos bajo la esclavitud. Fueron precedidas por una serie de narraciones llamadas «novelas de plantación»<sup>10</sup>, en las cuales la esclavitud se celebraba vista bajo el prisma patriarcal, en cierto modo de manera idílica, como una institución estadounidense, pero en la cual el negro, como ocurre en *Notes* de Thomas Jefferson, se presentaba como «inferior to the whites in the endowments both of body and mind» ‘inferior a los blancos en las dotes del cuerpo y de la mente’ (Yellin 16)<sup>11</sup>.

La versión final y completa de la obra de Hildreth se publicó en 1856 bajo el título *Archy Moore, the White Slave; or Memoirs of a Fugitive* [*Archy Moore, el esclavo blanco; o memorias de un fugitivo*]. La novela como la conocemos en la actualidad, consiste de dos partes; y en la introducción (firmada con la iniciales R.H.) el autor se identifica como un blanco del norte que escribió el relato a partir de sus observaciones personales en una plantación de Virginia. Acto seguido clarifi-

ca su posición ideológica al anotar que fue «educated in the northern idea that slavery is a bad thing, but the subject, previous to this southern journey, had never attracted his particular attention» ‘fue educado con la idea del norte de que la esclavitud es una cosa mala, pero el asunto, antes de este viaje al sur, nunca le había llamado la atención en particular’ (vii).

El término de la primera parte de la narración a fines de verano de 1835 coincidió con el reciente movimiento en el Sur contra los abolicionistas del Norte, lo cual causó cierta demora en la publicación del manuscrito. De hecho, los detalles de este movimiento antiaboliconista están personalizados y presentados de manera dramática en la obra de Hildreth a través de la dinámica de la segunda parte del libro (1852) que testimonia el regreso de Archy de Inglaterra al Sur en busca de sus seres queridos.

La primera parte sigue el paradigma que delinea Bontemps: avanza hacia su conclusión con la decisión de Archy de abandonar su vida bajo la opresión, explotación, castigos injustos, y culmina, tras un sin fin de viajes y dificultades, con su decisión de escapar de los Estados Unidos para conseguir su libertad personal. La primera parte se centra en la América negra; la segunda, en la América blanca según la percibiría un viajero «extranjero» (Archy en guisa de capitán y hombre de finanzas inglés). En la segunda parte, Hildreth dramatiza las consecuencias políticas y económicas del sistema esclavista en el Sur, y sugiere que ambos el Sur y el Norte están inevitablemente ligados en el desagradable negocio de la esclavitud y ambos tienen una responsabilidad común en cuanto a cómo opera y sus consecuencias.

En 1836 cuando Hildreth intentó publicar su obra ningún editor de Nueva York ni de Boston la quería aceptar. Como último recurso, el escritor tuvo que recurrir a hacer una edición de autor y el libro original —la primera parte— apareció a fines de 1836, publicado por la prensa de John H. Eastburn en Boston, en dos magros volúmenes bajo el título *The Slave, or Memoirs of Archy Moore*. Se publicó de manera anónima con el frecuente y conocido artificio de que el manuscrito fue hallado por un autor sin identificar. En un *Anuncio* que precedía a la novela, leemos: «It is sufficient for me to say, that I received it, with an injunction to make it public —an

8 Esta posición la desarrolla de manera consciente el círculo del montino y se puede documentar con los intercambios epistolares entre los miembros de la tertulia. Incluso el acto rebelde de Juan Francisco Manzano al final de la primera parte de su autobiografía que ha sobrevivido se centra en una decisión individual: en su caso, la huida de su ama tirana.

9 Ver el trabajo de Sergio Aguirre (103).

10 Yellin se refiere a las obras de George Tucker, James Kirke Paulding y John Pendleton Kennedy como «Plantation Visions and Revisions» ‘Visiones y revisiones de la plantación’ 15-82. Las novelas de plantación como la de Kennedy *Swallow Barn* (1832) presenta a los afrodescendientes solazándose en patriarcal alegría por el buen trato que reciben del amo. Aunque también presentan el punto de vista abolicionista que, en el caso de la novela de Kennedy, es abatido, y se deja así mismo constancia de que respecto a la institución de la esclavitud los estados del Sur son los que tienen la última palabra. En el discurso de la novela, sembrado de prejuicios, aparecen comentarios racistas: el negro se presenta como inferior, se caracteriza como un perro o un mastín, como un animal. La novela de Kennedy fue la que dibujó el patrón del cuadro del Sur y los negros de las llamadas «novela de plantación».

11 No obstante, también es verdad que Jefferson denunció la esclavitud del negro, una posición común en las novelas abolicionistas.

injunction which I have not felt myself at liberty to disobey» (ix). ‘Para mí es suficiente decir que la recibí con la condición de hacerla pública —mandato que no me siento con la libertad de desobedecer’ (ix). Por tanto —¿de manera consciente/inconsciente?— Hildreth le otorga al relato autobiográfico de un esclavo «autoridad blanca»: da su apoyo a la narración de las vicisitudes del esclavo, y le proporciona acceso al discurso dominante. En resumen, les ofrece a sus lectores un ejemplo —¿quizás una excepción?— del esclavo «mastering the master’s tongue... the sole path to civilization and to intellectual freedom and social equality for the black person» ‘dominando la lengua del amo... la única vía hacia la civilización y la libertad intelectual y la igualdad social para la persona negra,’ según Gates (22). El imprimátur de los registros raciales del discurso dominante —desarrollado primero, como mencionamos antes, a través de la estrategia del manuscrito hallado y el autor (blanco) al que se hace depositario y lo recontextualiza— se ve reforzado aún más y representado de manera simbólica mediante parte del título en la versión de la narrativa de Hildreth: *The White Slave* [El esclavo blanco].

Hildreth, a semejanza de los novelistas cubanos, eligió de protagonista a un esclavo cuya proximidad con los códigos de la cultura dominante se ve realizada por su capacidad de disimular su raza negra, su más que rudimentaria educación, y su éxito en una cultura primariamente blanca, para hacerse una carrera. Inglaterra es su refugio, pero también el país de su segundo exilio. El exilio para Archy es, como ha notado Kristeva, «a form of *dissidence*, since it involves uprooting oneself from a family, a country or a language... if meaning exists in the state of exile, it nevertheless finds no incarnation, and is ceaselessly produced and destroyed in geographical or discursive transformations» ‘una forma de *disidencia*, ya que supone el desarraigo de una familia, de un país o una lengua... si el sentido existe en el estado del exilio, nunca encuentra una encarnación, e incesantemente se produce y destruye en transformaciones geográficas o discursivas» (298). La construcción de Archy como un noble ejemplo de la cultura esclava realza el proyecto del autor para defender la libertad del sujeto africano. Hildreth, mediante esta estrategia narrativa subvierte los códigos del lenguaje simbólico hegemónico; presenta a un miembro idealizado de una

raza rechazada y envilecida por la cultura dominante, transgrediendo así sus normas de lenguaje social y racial.

Como contraste con las narraciones cubanas, Archy, así como aquellos textos que le siguen en la literatura estadounidense, revelan un imaginario social antiesclavista incuestionable. Su discurso por lo que corresponde a este respecto no es indeterminado; por el contrario, formula una declaración política de apoyo a la libertad. Según el narrador:

Many is the gentleman in slave-holding America who knows full well, —and in the secret recesses of his own soul, most unequivocally acknowledges—, that to keep his fellow men in bondage, is a gross, flagrant, high-handed violation of the first and clearest principles of justice and equity, —a practice, abstractly considered, fully more criminal than piracy or highway robbery. Slavery, in the abstract, he acknowledges to himself and to others, to be totally indefensible. But then his slaves are his estate, —and he cannot live, *like a gentleman*, without them. (62)

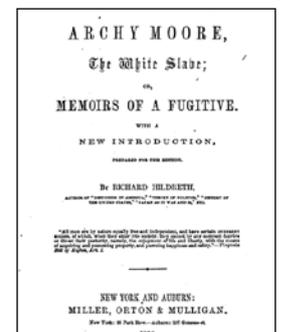
Como muchos otros, el caballero en la América esclavista, que sabe perfectamente —y en las secretas profundidades de su propia alma, inequívocamente reconoce— que mantener a sus semejantes en régimen de esclavitud, es una grave, flagrante, y despótica violación de los primeros y más claros principios de justicia y equidad —una práctica, si se la considera de manera abstracta, aún más criminal que la de los piratas y salteadores de caminos. El caballero reconoce, así mismo y ante otros, que la esclavitud, en abstracto, es totalmente indefensible. Aun así, sus esclavos son su patrimonio —y no puede vivir *como caballero* sin ellos.

Central también en las narraciones cubanas, la cuestión de la propiedad —«sus esclavos son su patrimonio»— se refleja en su trabajo y establece una de las correspondencias de esta y otras narraciones con las de la colonia española. La esclavitud, confiesa Mr Mason, uno de los amos más ilustrados con los que se encuentra Archy a su regreso al Sur, «is a damnable business for whites and black, and all of us together» ‘es un maldito negocio para blancos y negros, y para todos nosotros juntos’ (262).

No obstante, no son solo los amos de esclavos los que de forma «abstracta» condenan la institución; se manipula el diálogo de tal manera que hasta los mismos esclavos participan en el discurso político y claman por su liberación —tanto económica como personal.



Richard Hildreth. The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs. The New York Public Library Digital Collections.





Francisco de Arango y Parreño.



Tertulias delmontinas, Cubarte.

12  
De hecho, Arango y Parreño hubiera preferido seguir una vía más radical, la cual abordó con cautela: «Quiero que, al propio tiempo que con prudencia se piense en destruir la esclavitud —para lo cual no hay poco hecho—, se trate de lo que no se ha pensado, que es borrar su memoria» (2: 153).

13  
Examinaremos la novela *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde cuya génesis comprende el periodo de 1839-1879. Como contraste con las narraciones tempranas y ejemplo de una obra de transición escrita antes de la abolición en 1886, incluiremos *Los crimenes de Concha* de Francisco Calcagno, novela publicada en 1887.

En tanto que pujantes partidarios de la libertad, los esclavos de la narración de Hildreth asumen un papel social que solo se sugiere en las novelas producidas en los márgenes del principal marco ideológico cubano.

En la novela de Hildreth, es Archy, el bienhablado narrador, quien abiertamente refracta la crítica socio-política que genera la negación de la libertad. La crítica es a veces dura y toca el núcleo mismo del centro político más bien que el núcleo de la vida familiar, como sucede con las narraciones cubanas. Así declara Archy: «What sort of liberty is it, whose chosen city [Washington, D.C] is a slave-market? —and what that freedom, which permits the bravado insolence of a slave-trading aristocracy to lord it in the very halls of her legislation?» ‘¿Qué clase de libertad es esta, cuya ciudad elegida [Washington] es un mercado esclavista? —¿y cuál es esa libertad, que permite la arrogante insolencia de la aristocracia mercantil esclavista de dominar en las salas donde se legisla la libertad?’ (96). A la hipocresía política se la equipara con la degeneración de los ideales cristianos. Porque ni incluso aquellos que profesan seguir los preceptos de su religión se encuentran exentos de la corruptora influencia de la esclavitud.

Para algunos «la solución final» era deshacerse de los negros —enviarlos a África mediante un programa de colonización. La forma en que Hildreth trata esta cuestión no constituye un principio ideológico central de su proyecto social. Lo que es significativo para nuestra estrategia comparativa, sin embargo, es que la cuestión de la colonización se hace eco de una aprehensión fundamental de muchos de los amos cubanos e intelectuales criollos alineados o comprometidos con los intereses de la sacarocracia: para definir la nacionalidad, Cuba tendrá en última instancia que decidir entre España y África. Ya en la temprana fecha de 1816, Francisco de Arango y Parreño, uno de los intelectuales criollos más distinguidos de la isla, insistía en la impostergable necesidad de «blanquear nuestros negros» (2: 153)<sup>12</sup>, una empresa que el intelectual sentía que requería atención inmediata ya que los negros se estaban reproduciendo más rápido que los blancos (2: 153). Domingo del Monte, como pronto podremos ver, apoyó de lleno esta noción, la cual conectó en uno de sus tratados de manera consciente con la fundación de la nación.

Las páginas finales de *Archy Moore* constituyen un discurso de admonición política, cuya intención es advertir y razonar con el público americano sobre su futuro destino, y la necesidad de acomodar en él lo inevitable, es decir, la libertad para todos. Es una llamada para la abolición basada tanto en la tradición política como en los derechos humanos. Así el narrador pregunta:

Shall America be what the fathers and founders of her independence wished and hoped —a free democracy, based upon the foundation of human rights, or shall she degenerate into a miserable republic..., domineered over by a little self-constituted autocracy of slave holding lynchers and blackguards, utterly disregarding of all law, except of their own will and pleasure? (407)

¿Debe ser América lo que los padres y fundadores de su independencia deseaban y esperaban —una democracia libre, basada en la fundación de los derechos humanos, o debe América degenerar en una miserable república..., dominada por una pequeña auto-constituida autocracia de amos linchadores y canallas, profundamente ajenos a toda ley, excepto la de su propia voluntad y deseo? (407)

### Narrar la esclavitud en Cuba

En contraste con *Archy Moore*, las narraciones cubanas se destacan como obras concebidas de manera artística que formulan, de manera velada, argumentos contrarios al discurso dominante. Sus discursos codificados, no obstante, logran representar el entorno de asfixia y represión de la Cuba colonial, incluido el efecto nocivo que la institución de la esclavitud tiene en ambos blancos y negros. Pero estos textos nunca proponen la abolición o la emancipación en el periodo de 1838 a 1883<sup>13</sup>. En las novelas, la realidad aparece distorsionada de manera consciente, idealizada, trivializada o generalmente ignorada con el propósito de servir las posiciones ideológicas de la sacarocracia, cuyo portavoz y líder intelectual de mayor prestigio fue Domingo del Monte.

La influencia delmontina fue decisiva para la mayor parte de los grandes escritores, así como de los escritores menores, de la época. Del Monte fue defensor de la unidad cultural y lingüística de Cuba y España; un neoclásico de corazón, aunque familiarizado con la literatura romántica; devoto de los valores espirituales y morales cristianos, era uno de

los principales discípulos cubanos del eclecticismo de Víctor Cousin, en gran boga entre los escritores e intelectuales coetáneos. En la medida de lo posible, Del Monte intentó orientar los esfuerzos creativos hacia una expresión literaria moral y didáctica cercana a los cánones neoclásicos en vez de románticos.

Además, Del Monte era un patricio privilegiado. Aún así, las autoridades coloniales censuraban su trabajo en lo que tocaba al asunto de la esclavitud y cuando se atrevía a expresar compasión por el excesivo maltrato de los esclavos. Esta dolorosa prohibición seguramente le hizo ver la necesidad de enmascarar la realidad, y le llevó a desarrollar una teoría narrativa basada en la prudencia, la cual a su vez le habría servido para evocar simpatía por la figura de un protagonista negro idealizado. Como modelos de estilo literario, prefería a Balzac y a Rousseau en vez de a Hugo: en consonancia, los esclavos estaban dotados de una nobleza de estilo rousseauiano y una naturaleza pacífica; en su idealización, los esclavos realizaban alianzas imposibles, trágicas y apasionadas en el entorno de la unidad familiar. El esclavo alienado y víctima de este paradigma estaba condenado por la institución de la esclavitud a un estado de exilio permanente, inserto dentro de las tradiciones culturales eurocéntricas, y transformado en una figura de papel manipulada para ajustarse a la ideología de la plantación.

Los miembros de la tertulia delmontina se sentían inclinados a elaborar un cuadro de «excepciones» idealizadas en tanto estas no fueran de la variedad ardiente, violenta e individualista que proponía Victor Hugo en *Bug-Jargal*<sup>14</sup>. La idea era representar al *negro racional*, a la *criada de razón*. Mediante esta estrategia de idealización, los novelistas imponían códigos «blancos» en la construcción del esclavo con el objeto de presentarlo como a una víctima de la sociedad y, por tanto, incapaz de alienar a los elementos conservadores de la sacarocracia firme en sus principios de mantener a los esclavos en un estado de tiranía; para la sacarocracia se trataba de «tiranizar o correr el riesgo de ser tiranizados»<sup>15</sup>. Fruto del retrato idealizado, se esperaba que el patético ser resultante pudiera ganar no solo adeptos para la causa criolla —es decir, en ese momento histórico, para la supresión del tráfico esclavista— sino también atraer sentimientos de compasión y justicia en el exte-

rior, especialmente entre los ingleses, para así ejercer presión sobre la corona española y que esta hiciera cumplir los tratados que pusieran fin al tráfico de esclavos. En conclusión, Del Monte y sus seguidores esperaban que los textos literarios fueran instrumentales para revertir o al menos detener momentáneamente la creciente desproporción demográfica entre negros y blancos, que muchos temían pudiera hacer que se repitiera en Cuba una rebelión de esclavos como la acontecida en Haití.

En los subtextos de sus discursos, repletos de prejuicios, los contertulios delmontinos crearon lo que van Dijk llama un «racial discourse» ‘discurso racial’ (10), cuyo objeto, de manera consciente o inconsciente, era la dominación vía la despersonalización. Así, el esclavo de estas construcciones ficticias se convirtió en una fuente de inspiración poética, un componente costumbrista exótico de la nación, o como José Jacinto Milanés escribió en 1836, «una mina de nuestra mejor poesía» (*Centón epistolario* 3: 213). Claramente, estos escritores intentaron incorporar a los negros esclavos en el imaginario social al insertarlos en un discurso de la nación, la cultura y la comunidad (Bhabha, «DisseminNation» 304). No obstante, al redefinir de tal manera el proceso simbólico no estaban designando, según sugiere Bhabha, «the people ‘as one’» ‘a la gente ‘como una’» («DisseminNation» 304). En cambio, crearon un discurso basado en prejuicios culturales que distanciaba a los esclavos mediante un proceso de poetización —como en la cita de Milanés— subrayando así la «diferencia». Es una diferencia que obviamente cuestiona el discurso hegemónico, y en dicho sentido es transgresora; sondea, interroga, e incluso cuestiona la hegemonía; aún así, no llega al punto de proponer la solidaridad demográfica entre blancos y negros. Incluso aquellos acusados de ser «negrófilos», como José Antonio Saco, uno de los amigos de Del Monte, estaban de tal modo atemorizados por el aumento de la población africana que adoptaban posiciones racistas, las cuales incluían la adopción de métodos pacíficos para disminuir, y si fuera posible, extinguir, de la isla a la «raza negra». Saco justificó su postura con el argumento de que su posición no era hostil contra los negros, sino una decisión política para no contribuir a la ruina de la vida en Latinoamérica debido a la constante presencia de negros en la composición de sus sociedades (Ortiz, Prólogo xxviii).



Domingo del Monte.

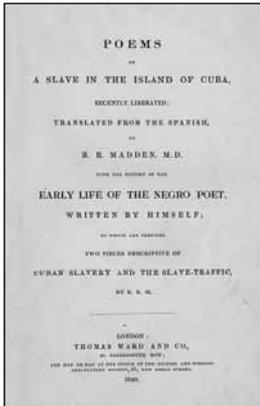


14

Los contertulios delmontinos leyeron la novela de Hugo, en la que aparece una violenta rebelión de esclavos, y su imaginario social causó horror y temor. Félix Tanco y Bosmeniel le escribió a Del Monte en 1836 sobre *Bug-Jargal*. Entusiasmado con esta obra, Tanco imaginaba novelas de «verdad poética», pobladas con negros y blancos, llenas de «infernales, diabólicas» escenas (*Centón epistolario* 7: 105). Se puede asumir que Tanco y Del Monte veían de distinta manera el asunto de la esclavitud. No obstante, la novela de Hugo, según Mary Cruz, dejó su impronta en *Sab* (41-42) de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la obra menos conectada con las tertulias delmontinas.

15

En una carta de Félix Varela y Tomás Gener a Domingo del Monte se recoge dicha expresión de la época (*Centón epistolario* 2: 132).



16  
Nota del traductor: mantenemos las peculiaridades de la gramática original.

17  
Ver el ensayo de D. W. Fokkema «A Semiotic Definition of Aesthetic Experience and the Period Code of Modernism: With Reference to an Interpretation of Les Faux-Monnayeurs».

La colección de cartas que recibió Del Monte, compiladas en su famoso *Centón epistolario*, es un recurso de un valor incalculable para el estudio de la génesis y las propuestas ideológicas de estos escritores. El caso de las fases de escritura de la novela *Francisco*, de Anselmo Suárez y Romero, ilustra algunos de los asuntos en cuestión. Sabemos, por ejemplo, que Del Monte en algún momento estaba insatisfecho con la idealización y docilidad excesiva de Francisco. En su respuesta a la crítica de Del Monte, Suárez y Romero menciona un intercambio de ideas que tuvo con José Jacinto Milanés, cuyas implicaciones, opinamos, constituyen el núcleo de la base para la comprensión de las complejidades filosóficas, ideológicas y literarias de la configuración del esclavo en las narraciones cubanas:

Le escribí á Milanés lo que V criticaba en mi novela, y me contesta entra otras cosas, lo siguiente, q.e transcribo á V—«¿Con que debía pintarse malo á Francisco para pintarlo con verdad? Cierito es que la esclávitud deprava el corazón; pero no contamos con el temple airado ó pacífico del individuo? no vemos cada rato esclavos de jenio dulce, que trabajan sin descanso y casi contentos sin ver mas allá del círculo de ideas serviles en q.e viven? Yo no hallo que V faltase á la verdad, pintando á Francisco de jenio humilde y melancólico; pues aunq.e ese caracter no sea muy comun, existe, y aun su misma escepcionalidad, debe escitar doble interés en la obra en q.e brilla.» (*Centón epistolario* 3: 154)<sup>16</sup>.

La posición de Milanés de contar con la naturaleza pacífica del esclavo, y su noción de motivar el interés, subraya el aspecto social utilitario de los códigos de las novelas antiesclavistas. Además, la cuestión de la excepcionalidad, que es especialmente pertinente, presenta una noción que puede ser equiparada o bien con la individualidad o con un principio antitético cuya existencia en estas novelas se identifica demasiado a menudo con la noción de «period code» ‘código de periodo’<sup>17</sup> de D. W. Fokkema: el del romanticismo. Para explicar su presencia, será útil recordar, además del precepto de Cousin de que cada idea tiene su doble, las opiniones de Del Monte sobre la esclavitud, que seguramente influyeron en el pensamiento de sus discípulos. En su «Informe sobre el estado actual de la Enseñanza Primaria en la Isla de Cuba en 1836, su costo y las mejoras de que es susceptible», afirmó Del Monte: «El hombre que nace y se cría esclavo, sea del color

y raza que fuere, tiene por precisa condición de su estado que ser ruin, estúpido, inmoral» (*Escritos* 2: 43). Los prejuicios del discurso delmontino son patentes. No obstante, para justificar la base ideológica de las narraciones de la esclavitud escritas por sus discípulos, Del Monte debió haberse dado cuenta de la inconsistencia de sus argumentos en cuanto a los textos producidos. De modo que como contrapeso al tono negativo de su discurso sobre la inmoralidad del esclavo, Del Monte utilizó el concepto de la «excepcionalidad»: «hay razas, como la etiópica, en que se encuentran algunas generosas excepciones de esta regla, pero no llegan a variarla, porque sería trastornar el orden admirable que la Providencia ha puesto en el gobierno del mundo» (*Escritos* 2: 43).

Esta perspectiva de la jerarquía, con sus correlatos de una posición social fija y la pérdida de la voluntad, se refleja en la novela *Francisco*. Se trata de una perspectiva que justifica la estasis social, da legitimidad a los intereses económicos de la sacarocracia, y evita que se produzcan cambios mediante transformaciones violentas. Esta perspectiva aparece ilustrada en el pasaje de la novela donde el esclavo, tras recibir la orden de su ama de cesar y desistir de su intento de casarse con la esclava Dorotea, decide «obedecer a su señora y no utilizar medios violentos» (58). En un texto posterior, Del Monte escribió que sentía una compasión natural y filosófica hacia los esclavos como por todos los seres desafortunados, pero no quería esclavos en su patria, «ni menos que estos esclavos fuesen negros, es decir, de un ramo tan salvaje de la familia humana» (*Escritos* 1: 201).

A primera vista, estas ideas parecen discrepar de la ética cristiana delmontina, de algunas de cuyas características especiales, en relación con el esclavo de Suárez y Romero, se hace eco cuando habla de Francisco como «un fenómeno, y una escepcion muy singular» con «resignación y mansedumbre cristianas» (*Centón* 4: 45), en vez de los males y defectos con los que la institución de la esclavitud debía haberle atribuido al esclavo. Al reflexionar sobre su representación de Francisco, Suárez lamenta el hecho de que permitió que su natural inclinación a la bondad y la perfección se sobrepusiera a su inspiración artística. El novelista, declaró, «debe imitar la naturaleza, lo que pasa en el mundo; no dejarse llevar en alas del ingenio a rejiones imaginarias» (*Centón* 4: 45).

En la génesis de estas narraciones, el espiritualismo de Del Monte, es decir, su moral cristiana, expresada en su ensayo «Moral religiosa» que fue publicado en *El Plantel* en noviembre de 1838, jugó cierto papel en la creación de un cuadro poco fiel a la vida bajo la esclavitud. El espiritualismo puede de hecho haber constituido uno de los factores mediadores en la génesis de estas novelas, en particular para la construcción de un esclavo con mansedumbre evangélica. Era sin duda una estrategia consciente dirigida a que las almas de los lectores se compadecieran del esclavo africano —y, por extensión remediar el tratamiento que sufrían— al sugerir la necesidad de remedios cristianos para los problemas coloniales sin debilitar, por supuesto, los cimientos de los intereses económicos criollos existentes.

En resumen, los escritores de estas narraciones eligieron representar a un esclavo dócil y sumiso para suscitar, ante los abusos de la esclavitud, una reacción compasiva por parte de los miembros más ilustrados de la colonia, quienes con toda probabilidad se hubieran sentido ofendidos ante un texto con un protagonista rebelde. Al hacerlo de esa manera, estos escritores estaban motivados por el imperativo de legitimar los intereses establecidos, es decir, los de los propietarios de ingenios, el principio racial y el de *excepción* moral, y los conceptos del deber y el espiritualismo cristiano que atenuaba algunos de los crueles aspectos de la realidad y ponía en marcha un proceso de idealización en un tipo de literatura cuya fundación teórica estaba en última instancia ligada al deseo de crear la nacionalidad, al progreso económico y social, y a una moralidad kantiana. Por todas estas razones, a los novelistas de la esclavitud les atraía la idea ecléctica de que la verdadera moralidad llevaba a la libertad política; mientras que la falsa moralidad conducía al despotismo y al caos —subtexto que expresa una afirmación criolla que desafía la dominación colonial y sus reglas restrictivas.

Al leer las narraciones cubanas de la esclavitud lo que parece ser un proyecto de moderación estaba ligado a una política de contención dictada por los límites del discurso crítico en un régimen colonial. En una carta que Del Monte envió en 1838 al editor del periódico madrileño *El Correo Nacional*, de manera cautelosa y bajo el pseudónimo de Gonzalo Fernández de Oviedo, tocó la

cuestión del subterfugio discursivo, y en especial el frecuente uso de las relaciones de amor frustradas para codificar la realidad de la esclavitud.

Remito a usted los dos primeros números de *El Album*, periódico en forma de libro que publica el joven literato habanero don Ramón de Palma. El censor se opone a que se le dé forma periodística a estas publicaciones por no atreverse a dar permiso el gobierno para empresas de tal clase. No extrañe usted que en esos cuadernitos sólo se hable de amor, pues a este estrecho límite está reducido lo que produce la aherrojada prensa habanera. El escritor, al tomar la pluma, tiene aquí que contemporizar, primero, con el censor regio, después con el sota-censor, que es un oficial militar de Palacio, especie de visir revisor, y por último con el capitán general; de manera que es imposible que tras este triple filtro de las ideas se escape ninguna que valga algo, si puede ofender, no ya al espíritu de las instituciones despóticas de la Colonia, pero ni aun la opinión privada de cada uno (*Escritos* 1: 102-3).

Por tanto, en la tensión entre la «prudencia» y la verdad, por lo que respecta a las opciones de la narrativa la «prudencia» ganó cuando los novelistas sometieron sus obras tanto a la moderación —el esclavo dócil; el tema amoroso; referencias insulsas y limitadas respecto a los males sociales— como a las exigencias de los censores oficiales cuyo espectro acechaba constantemente en la oscuridad. Que las observaciones de Del Monte no eran exageradas se constata con la acción del Censor Regio de Imprenta de Santiago de Cuba, Hilario de Cisneros, de prohibir la entrada de las novelas *Sab* (1841) y *Dos mujeres* (1842) de Gertrudis Gómez de Avellaneda. En el decreto de retención de las novelas, el censor expresa que «no pueden introducirse, p<sup>ra</sup>. contener la primera doctrinas Subercivas del Sistema de esclavitud de esta Ysla, y contrarias a la moral y buenas costumbres; y la Segunda p<sup>ra</sup>. estar plagada de doctrinas inmorales» («The Banning of *Sab* in Cuba» 350).

En un sistema social tan restrictivo es razonable asumir que los escritores se guardaban de narrar la nación y la institución de la esclavitud de forma que se pudiera percibir por parte de las autoridades como un trata-



La Loma del Angel, calle que da subtítulo a la novela *Cecilia Valdés*. La Habana, Cuba. Fotografía de Liset Cruz.



Ingenio Palmarito de José Borrell. Restos arqueológicos. Valle de los Ingenios, Trinidad. Cuba. La Habana, Cuba. Fotografía de José Gomariz.

18

José Antonio Saco en su clásico ensayo *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba* destaca la educación como la mayor casusa de la desintegración de la fibra moral en Cuba: «No me detendré a probar, que la instrucción pública es la base más firme sobre que descansa la felicidad de los pueblos... Cuando se reúnan los fondos necesarios, y la educación se difunda por toda la Isla, ¡cuán distinta no será la suerte de sus habitantes!» (*Obras* 1: 287, 292).

19

El subtexto de estas y de las otras novelas que hemos analizado no es abolicionista. Este es el error en que caen muchos críticos, como Sylvia Malloy, cuando se refieren, por ejemplo, a *Francisco* (38).

20

Distinguido intelectual, escritor, abogado y, como Del Monte, catalizador de la cultura epocal, Nicolás Azcárate (1828-1894) insistía en que Del Monte era abolicionista. Sin embargo, una detenida lectura de los escritos delmontinos apoya la más mesurada opinión de Salvador Bueno: «la descripción de los horrores de la esclavitud sirve como tema a los narradores de esta etapa colonial gracias a la intervención de Del Monte; por supuesto, sin llegar a una postura abolicionista, sino con un punto de vista reformista y filantropico» (11).

do para la insurrección. Las tramas de estas narraciones se reducían por tanto a la unidad familiar, en vez de perspectivas sociales de mayor alcance. La dinámica de estas narraciones se centra en el conflicto entre el amor puro (de los esclavos) y el impuro (de los amos). Esta visión de la trama y del personaje dominó el cuadro narrativo hasta la edición definitiva de la novela *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde, la cual presentaba un nuevo concepto de literatura social que reflejaba la distancia, el exilio, una mirada personal de las consecuencias de la esclavitud observadas en Estados Unidos, el declive del sistema esclavista estadounidense, y, quizás, el ejemplo de *Uncle Tom's Cabin* [*La cabaña del tío Tom*] (1852). Pero hasta la aparición de la novela de Villaverde, los novelistas cubanos produjeron obras en las cuales se modificaban los hechos, se distorsionaba la verdad, y el amo se representaba como un lascivo depredador sexual ante la inocente esclava.

La depravación del amo estaba determinada no por una falla heredada en su carácter, sino por su mala crianza —de la cual se culpaba a la madre—, su desconocimiento de los fundamentos de la educación moderna<sup>18</sup>, y las corruptas costumbres de la sociedad cubana. Avellaneda —que escribió fuera de los confines del círculo delmontino— presenta algunos males y polaridades sociales atípicos que están en desacuerdo con los del microcosmos de *Francisco*<sup>19</sup>. Por ejemplo, no hay violación, se aborda la opresión social de la mujer, y el paradigma amo-esclavo se construye a partir de que el alma del esclavo, Sab, es noble, altruista y libre; mientras que el alma del patricio blanco, Enrique Otway, es mercantil y esclava. A pesar de las diferencias individuales, no obstante, hay suficientes características en común, por lo que respecta a las violentas pasiones y crímenes sexuales de estas y otras novelas cubanas tempranas, Mario Parajón es capaz de ver en ellas un sentido crítico, una «válvula de escape», se puede decir, para la asfixia colonial que ahoga la libertad artística de estos escritores. Para el crítico, «La mujer se convierte en el compendio de todos los ideales, cuando la patria está vedada para los hijos que quieren transformarla y trabajar en ella» (Prólogo 13).

En la génesis de las narraciones que surgieron del círculo literario, como anota Salvador Bueno, Del Monte era el «verdadero guía y maestro de los jóvenes escritores

que surgen en la década de 1830-1840» (10). En Matanzas y La Habana escritores como Villaverde, Ramón de Palma, José Antonio Echeverría, Anselmo Suárez y Romero, José Victorino Betancourt, José Jacinto Milanés, y Juan Francisco Manzano se reunían en la casa de Del Monte de forma habitual. Del Monte buscaba a los jóvenes intelectuales con talento de su época; pero, como indica Nicanor Azcárate<sup>20</sup>, el precio de su guía era un recio tutelaje, seguido de corrección textual y enmiendas: «les indicaba asuntos para que escribiesen, y hasta la forma en que debían escribir» (Mesa Rodríguez 64). Para concluir, es lícito decir que las narraciones de estos escritores, incluidas las narraciones de la esclavitud, eran obras colectivas matizadas por un discurso hegemónico unido a un imaginario cultural consciente de su posición de clase que eligió eludir la cuestión de la abolición o, al menos, posponer su inevitabilidad.

Traducción de José Gomariz

## Bibliografía

- Aguirre, Sergio. «Esclavitud y abolicionismo: período negro en el siglo XIX cubano». *Dialéctica*, 5, (1946): 97-115.
- Andrews, William L. Introducción. *Three Classic African-American Novels*. New York: Mentor, 1990: 7-21.
- Arango y Parreño, Francisco de. «Ideas sobre los medios de establecer el libre comercio de Cuba y de realizar un empréstito de veinte millones de pesos.» *Obras*. 2 vols. La Habana: Dirección de Cultura, 1952. 2: 292-308.
- «The Banning of Sab in Cuba: (Documents from the Archivo Nacional de Cuba)». *The Americas* 1.3. 1945: 350-353
- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite; El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte, 1989.
- Bhabha, Homi K. «Introduction: Narrating the Nation». H. K. Bhabha (ed.). *Nation and Narration*. London: Routledge, 1990: 1-22.
- «DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation». H. K. Bhabha (ed.). *Nation and Narration*. London: Routledge, 1990: 291-322.
- «The other question: difference, discrimination and the discourse of colonialism». Francis Barker, Peter Hulme, Margaret Iversen,

- Diana Loxley (eds.). *Literature, Politics and Theory*. London: Methuen, 1986: 148-172.
- Blassingame, John W. (ed.). *Slave Testimony; Two Centuries of Letters, Speeches, Interviews, and Autobiographies*. Baton Rouge: Louisiana State UP, 1977.
- Bontemps, Arna. «The Slave Narrative: An American Genre». Arna Bontemps (ed.). *Great Slave Narratives*. Boston: Beacon Press, 1969: vii-xix.
- Bueno, Salvador (ed.). Prólogo. *Ensayos críticos*. Domingo del Monte. La Habana: P. de la Torriente Editorial, 2000: 7-34.
- Costa Lima, Luis. *Control of the Imaginary: Reason and Imagination in Modern Times*. Ronald Sousa (trad.). Minneapolis: U of Minnesota P, 1988.
- Cruz, Mary. Prólogo. *Sab*. De Gertrudis Gómez de Avellaneda. La Habana: Instituto del Libro, 1963.
- Dana, Richard Henry. *To Cuba and Back: A Vacation Voyage*. Boston: Houghton Mifflin, 1859.
- Del Monte, Domingo. «Moral religiosa». *El Plantel*, 1:3, (1838): 82-86.
- Escoto, José Augusto. «Félix Manuel Tanco, adversario de José de la Luz y Caballero en la polémica sobre el eclecticismo». *Revista Histórica, Crítica y Bibliográfica de Literatura Cubana*, 1:4 (1916): 408-22.
- Figarola-Caneda Domingo, Joaquín Llaverías y Martínez, Manuel Isaiás Mesa Rodríguez. *Centón epistolario de Domingo Del Monte*. 7 volúmenes. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1923-1957.
- Fokkema, D. W. «A Semiotic Definition of Aesthetic Experience and the Period Code of Modernism: With Reference to an Interpretation of Les Faux-Monnayeurs». *Poetics Today*, 3:1, (1982): 61-79.
- Friol, Roberto. *Suite para Juan Francisco Manzano*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1977.
- Gates, Henry Louis, Jr. «Authority, (White) Power and the (Black) Critic». *Cultural Critique*, 7 (1987): 19-46.
- González del Valle, José Zacarías. *La vida literaria en Cuba (1836-1840)*. La Habana: Secretaría de Educación, 1938.
- Guerra, Ramiro. *Manual de historia de Cuba*. La Habana: Instituto del Libro, 1971.
- Henríquez-Ureña, Max. *Panorama histórico de la literatura cubana; (1492-1952)*. 2 volúmenes. Puerto Rico: Ediciones Mirador, 1963.
- Herrero, José A. «La economía cubana bajo el modo de producción capitalista». *Areíto*, 2:1, (1975): 26-29.
- Hildreth, Richard. *Notes on Archy Moore, the White Slave; or Memoirs of a Fugitive*. New York: Negro UP, 1969.
- Holy Bible*. New Revised Standard Version. New York: Oxford UP, 1989.
- Janet, Paul. *Victor Cousin et son oeuvre*. Paris: Calmann Levy, 1885.
- Johnson, Richard. «What is Cultural Studies Anyway?» *Social Text*, 16, (1987): 38-80.
- Klein, Herbert S. *Slavery in the Americas; A Comparative Study of Virginia and Cuba*. Chicago: U of Chicago P, 1967.
- Knight, Franklin W. *Slave Society in Cuba During the Nineteenth Century*. Madison: U of Wisconsin P, 1970.
- Kristeva, Julia. «A New Type of Intellectual: The Dissident». Toril Moi (ed.). *The Kristeva Reader*. London: Basil Blackwell, 1986: 292-300.
- Mariscal, George. *Conatradictory Subjects; Quevedo, Cervantes, and Seventeenth-Century Spanish Culture*. Ithaca: Cornell UP, 1991.
- Martínez-Alier, Verena. *Marriage, Class and Colour in Nineteenth Century Cuba; A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*. Oxford: Oxford UP, 1974.
- Madden, R. R. *The Island of Cuba: its Resources, Progress, and Prospects*. London: Charles Gilpin, 1849.
- Manzano, Juan Francisco. *Obras*. José Luciano Franco (ed.). La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972.
- Mesa Rodríguez, Manuel I. *Apostillas en torno a una gran vida: Domingo del Monte*. La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1954.
- Molloy, Sylvia. «From Serf to Self: the Autobiography of Juan Francisco Manzano». *At Face Value; Autobiographical Writing in Spanish America*. Cambridge: Cambridge UP, 1991: 36-54.
- Ortiz, Fernando. Prólogo. *Historia de la esclavitud de la raza africana en el nuevo mundo y en especial en los países Américo-Hispanos*. 1875. De José Antonio Saco. La Habana: Cultural, 1938: xvii-lxx.
- Parajón, Mario. Prólogo. *La joven de la flecha de oro*. De Cirilo Villaverde. La Habana: Comisión Nacional de la UNESCO, 1962.
- Patterson, Orlando. *Slavery and Social Death*. Cambridge: Harvard UP, 1982.

- Piña R., Carlos. «Sobre la naturaleza del discurso autobiográfico». *Argumentos*, 7, (1989): 131-60.
- Portuondo, José Antonio. *Bosquejo histórico de las letras cubanas*. La Habana: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1969.
- «Landaluze y el costumbrismo en Cuba». *Revista de la Biblioteca Nacional*, (1972): 51-83.
- Saco, José Antonio. «Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba». *Obras*. Eduardo Torres-Cuevas (ed.). La Habana: Imagen Contemporánea, 2002: 264-306
- *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países Américo-Hispanos*. La Habana: Cultural, 1938.
- *José Antonio Saco. Documentos para su vida*. Domingo Figarola-Caneda (ed.). La Habana: Imprenta El Siglo XX, 1921.
- Schulman, Ivan. «Espejo / speculum: el *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 36:1, (1988): 391-406.
- Suárez y Romero, Anselmo. *Francisco. El ingenio o las delicias del campo. Novela cubana*. Mario Cabrera Saqui (ed.). La Habana: Dirección de Cultura, 1947.
- Suárez y Romero, Anselmo. Prólogo. *Obras*. De Ramón de Palma. La Habana: Imprenta del Tiempo, 1861: 1: III-XXXV.
- Todorov, Tzvetan. *Poétique de la prose*. Paris: Seuil, 1974.
- Torres-Cuevas, Eduardo y Eusebio Reyes. *Esclavitud y sociedad; Notas y documentos para la historia de la esclavitud negra en Cuba*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1986.
- Vázquez, Ricardo. *Triunvirato: Historia de un rincón azucarero de Cuba*. La Habana: Comisión de Orientación Revolucionaria del Comité Central del PCC, 1971.
- Van Dijk, Teun A. *Prejudice in Discourse; An Analysis of Ethnic Prejudice in Cognition and Conversation*. Amsterdam: John Benjamins, 1984.
- Vitier, Cintio (ed.). *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*. 3 volúmenes. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí, 1968.
- White, Hayden. «The Value of Narrativity in the Representation of Reality.» *Critical Inquiry* 7 (1980): 5-28.
- Williams, Raymond. *The Politics of Modernism: Against the New Conformists*. London: Verso, 1989.
- *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press, 1977.
- Yellin, Jean Fagan. *The Intricate Knot: Black Figures in American Literature, 1776-1863*. New York: New York UP, 1972.
- Zavala, Iris. «Lo imaginario social dialógico». M.-Pierrette Malczynski (ed.). *Sociocríticas, prácticas textuales, cultura de fronteras*. Amsterdam: Rodopi, 1991: 111-128.

**Fecha de recepción:** 23/01/2014

**Fecha de aceptación:** 23/02/2014